

Arthur Cravan
CARTAS DE AMOR
A MINA LOY

TRADUCCIÓN DE MANUEL ARRANZ

EDITORIAL PERIFÉRICA

ALGUNAS NOTAS SOBRE
ARTHUR CRAVAN

He aquí las fascinantes cartas de amor de un escritor sin obra, de un poeta boxeador, o de un boxeador poeta, que desapareció a los 31 años y nunca volvió a ser visto. Las cartas de un personaje mítico en una época también mítica. Las cartas de Arthur Cravan, *héroe del siglo XX*, como lo llamara André Breton, a Mina Loy, poeta y pintora.

Arthur Cravan fue el seudónimo elegido por Fabian Avenarius Lloyd para pasar a la posteridad, para convertirse en leyenda.

Nació en 1887 en Lausana (Suiza) y era sobrino de Oscar Wilde. Vivió, hasta instalarse en París en 1909, en Londres, Nueva York, California, Berlín, Birmingham, Mú-nich, Florencia y en el continente australiano. Ejerció muchas profesiones (peón, leñador, cochero, profesor de pugilismo...) y su obra literaria cabe en un bolsillo.

Fue boxeador (pasó por el club de Fernand Cuny, donde se formó), escritor y editor (de su revista *Maintenant*, de la que fue también único redactor). Amigo de Kees van Dongen y Robert Delaunay, debatió con Picasso, Duchamp y Picabia (quien lo retrató), y el poeta Blaise Cendrars dijo de él que era «el profeta del dadaísmo».

Mientras vivía en Francia se casó por primera vez; impartió conferencias delirantes y boxeó por media Europa.

Su figura, en todos los sentidos, estuvo muy presente en el París previo a la Pri-

mera Guerra Mundial, de la que huyó, abandonando Francia, para refugiarse en Barcelona (donde sería profesor de boxeo) y, más adelante, embarcarse con destino a Nueva York, donde conocería a su segunda mujer, Mina Loy.

En 1918, después de recorrer primero todos los Estados Unidos, Canadá y (ya junto a Mina Loy) buena parte de Latinoamérica, Arthur Cravan desapareció, a bordo de una barca provista de vela, en algún lugar del golfo de México. Su cuerpo, de casi dos metros de altura, como le gustaba fanfarronear (en realidad medía 1,90), nunca fue encontrado.

A la vez documento y ficción, su vida se ha contado un sinnúmero de veces, incluso en España, donde su popularidad obedece fundamentalmente al ensayo que le dedicara Maria Lluïsa Borràs. El cartel de su combate con el excampeón del mundo de

los pesos pesados Jack Johnson, en la Barcelona de 1916, decora hoy los hogares de muchos jóvenes mitómanos. Lo publicó, en edición facsímil, la siempre añorada revista *Poesía*.

Posteriormente, han sido numerosas las aproximaciones literarias y periodísticas a la vida y la obra de Cravan. Decenas de artículos en los últimos años han ido acrecentando su leyenda. Entre los más documentados y «definitivos», los de Pascual Gaviria en *El Malpensante* y Vicente Molina Foix en *El País*.

El propio Molina Foix ha señalado «el gran poder de seducción que una figura tan marginal, tan estrafalaria y tanto tiempo olvidada ha ejercido en los últimos treinta o cuarenta años dentro de España». «Fascinación sobre Eduardo Arroyo, que lo pintó y le siguió la pista dentro y fuera del *ring*; sobre la crítica y escritora

de arte Maria Lluïsa Borràs, autora de una muy documentada biografía de Cravan y una exposición-homenaje en el Retiro madrileño en 1993; sobre los dos Enriques catalanes que vieron su sombra, el poeta de Sabadell Enric Casassas y el novelista de Barcelona Enrique Vila-Matas; sobre Gonzalo Armero, que dio cabida en el año 1992 a un excelente dossier sobre el autor en la revista *Poesía*; sobre el cineasta Isaki Lacuesta, autor del tan interesante falso documental de 2002 *Cravan versus Cravan*; sobre el poeta Antonio Martínez Sarrión, que le dedica un epígrafe muy agudo en su reciente libro *Sueños que no compra el dinero*. Y, dicho con una mezcla de modestia y orgullo, sobre el autor de estas páginas, que siendo un joven licenciado de viaje en París compró, leyó, subrayó y conservó hasta hoy un librito estrecho y largo publicado aquel mismo

año, 1971, cuyo autor, Arthur Cravan, le era totalmente desconocido. Amante de los títulos bizarros y estricto no fumador, aquel joven licenciado en Filosofía se enamoró del que llevaba el librito: *J'étais cigare* [Yo era cigarro].»

ARTHUR CRAVAN

Gaviria: «Cravan no era muy querido entre sus colegas de las ligas boxísticas y los círculos literarios. La mayoría de los escritores lo miraban con desprecio, veían en él a un bufón desvergonzado, un vendedor de injurias que seguía al pie de la letra esa consigna de los alborotadores según la cual la gloria es un escándalo. Sir Arthur Cravan se definía como el poeta con los cabellos más cortos del mundo y aseguraba considerar el arte como un

medio y no como un fin. En su particular *ranking*, los deportistas, los ladrones del Louvre y los locos estaban por encima de los artistas. Por su parte, los boxeadores lo veían como un señorito que se las daba de rudo. Muy blanco para estar en los cuadriláteros y muy elocuente y bien peinado. “Rellenar mis guantes de boxeo con rizos de mujer”, escribía Cravan en su revista para ganarse la animadversión de los pegadores. Se le acusaba de degradar el boxeo con sus pantomimas de poeta duro. Su primer título lo ganó gracias a la enfermedad de su rival, quien no pudo presentarse al *ring*. Nadie entendía cómo un mismo hombre podía hacer las veces de un culto señorito de mundo, un filipichín cosmopolita y donairoso, y presentarse además como un gañán tosco y primitivo, un malandrín ingenioso y brutal. Un gigante que oficiaba de poeta

y boxeador, cantor de versos y quebrador de quijadas. El anuncio de una de sus conferencias explica perfectamente su doble condición: “Cravan, profesor de cultura física en la Academia de México, dará próximamente una conferencia sobre arte egipcio”».

MINA LOY

También su nombre era *falso*: en realidad fue bautizada como Mina Gertrude Lowy (1882-1966). Alguien dijo, muchos años después de la desaparición de Cravan, que «desde niña estaba condenada a unirse a un hombre tan fuera de lo común».

Luis Antonio de Villena, en un interesante artículo publicado en *El Mundo*, la llamaba «la gran moderna» y la describía así: «Muy guapa y sumamente

anticonvencional, Mina Loy empezó siendo pintora –actividad a la que volvería a rachas– y concluyó escribiendo peculiares ensayos y sobre todo poesía, poemas imaginistas, rupturales y novedosos que su amigo Ezra Pound calificó de lo mejor de la época en su lengua. [...] Aventura, amiga de Brâncuși o de Gertrude Stein, Mina se marchó, como tantos modernos, a París a seguir aquella vida, carencial y ubérrima al mismo tiempo, que mezclaba el gran arte con cierto desorden en el vivir, que no pretendía ser (contra el canon burgués) sino la plasmación de la libertad individual. Mina se casó con aquel gigantón [...], fue la viuda embarazada. [...] Feminista, gran admiradora de Isadora Duncan (sobre la que dejó una biografía inacabada), Mina Loy nunca entendió la modernidad únicamente como una sintaxis –que también–, sino como otro arte de vida».

ARTHUR Y MINA

La pequeña comunidad de artistas exiliados de Greenwich Village (Picabia y Duchamp entre ellos). Primero, el «desdén», como señala el propio Cravan, de Mina Loy, que al principio no se siente «tan atraída –así le escribe a una amiga– por el gigante exhibicionista».

En Grand Central Gallery, durante la Exposición de los Independientes de Nueva York, el poeta boxeador ha de impartir una conferencia sobre los artistas independientes de Francia y Estados Unidos. El escándalo es mayúsculo, pues en ese momento se deja ver más en los cuadriláteros que en las salas de conferencias. La policía se lo lleva esposado. «Como su deliciosa charla en los Independientes fue

interrumpida por un caso de fuerza mayor —escribe Picabia—, el brillante conferenciante se propone terminarla en Sing Sing, el lugar de cita estival del Nueva York que se divierte.»

Pero, luego, las reuniones, las fiestas con Mina. Siempre juntos. Un Nueva York nuevo, reinventado, más que descubierto, a medias, es decir, por los dos.

Un poeta boxeador con múltiples rostros, personalidades, que se vuelve «otro» (no en vano Arthur Rimbaud es su escritor fetiche, a quien homenaja su nombre postizo) en cada reunión: «tonto engréido» o «bufón de circo» al principio. Hasta que aparece la figura «tierna y también patética» (Dorothy Parker *dixit*) que enamora a las mujeres; las lecturas de la Biblia en Central Park (Cravan declamando, como en sus veladas parisinas, unas veces; susurrando, otras); los paseos del brazo.

Molina Foix: «El último año de la vida conocida de Cravan, el que va desde septiembre de 1917 hasta comienzos del otoño de 1918, es trepidante. Viaja por todo el este de Estados Unidos, vistiendo a veces ropas de soldado; pasa a Canadá, en este caso disfrazado de mujer y trabajando en granjas; se enrola en un barco pesquero danés y llega a México, donde, según Blaise Cendrars, otro gran fantasista, Arthur cruzó a nado la frontera del río Grande y se puso a buscar unas minas de plata de las que le habían hablado. Desde distintos lugares de México, Cravan desarrolla por carta su pasión, muy correspondida, por Mina Loy. Unas veces se muestra depresivo [...]; otras, exultante de amor. [...] Le escribe sin parar, en el mes de diciembre de 1917 casi a diario, en francés siempre, y un día, el 30, tres cartas. [...] El último día del año le manda a Mina

la última correspondencia que se conserva de él, y que acaba así: «La vida es atroz». [...] El desenlace tardaría casi diez meses en producirse. Unos días después de la petición que Arthur le hace por carta a Mina –“Envíame un mechón de tu cabello, o mejor aún: ven con todo tu cabello”–, llega ella a México, donde la pareja se casa a los pocos días. Siguen viajando, en un frenesí que parecería desde fuera, y desde nuestro tiempo, plenamente feliz. [...] Los recién casados hacen planes, siendo el peor suicidarse juntos por la miseria en que viven ahora. Lo descartan. Cravan vuelve al boxeo, dando clases y peleando (con poco éxito); su nombre aparece en revistas deportivas mexicanas, y, a veces, cuando viajan por el interior del país, sacan unos pesos actuando al aire libre. Mina había sido actriz, y bastante buena, se decía. En septiembre de 1918 deciden viajar a Buenos

Aires con una pareja amiga y establecerse allí. Por motivos seguramente económicos, harán el viaje por separado: ella y la amiga, en una embarcación sanitaria con bandera japonesa; Arthur y el amigo, en el medio de transporte que encuentren. Mina llega a Buenos Aires y empieza a esperar a su marido. Está embarazada».

ESTAS CARTAS

Cartas, cartas completas y cartas interrumpidas. Tarjetas postales escritas mientras el poeta Robert Frost mira por encima del hombro de Cravan y saluda. Padres que se presentan de improviso para que no «arruine» su primer matrimonio y se aleje de Mina. Cartas para una mujer nacida inglesa y que morirá, con más de 80 años, en Colorado.

Orson Welles se imaginó en el papel de un Cravan ya maduro que, como también cuenta la leyenda, no habría muerto en el océano.

POSDATA

Respuestas de Mina Loy a un cuestionario publicado en *The Little Review* en mayo de 1929:

TLR: ¿Cuál ha sido el momento más feliz de su vida?

Mina Loy: Cada momento que he pasado junto a Arthur Cravan.

TLR: ¿Y el más desgraciado? (Si quiere responder.)

Mina Loy: El resto del tiempo.

Julián Rodríguez, 2012